

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

4 de julio de 1976: La historia silenciada de los religiosos palotinos.

Limongelli María Victoria.

Cita:

Limongelli María Victoria (2013). *4 de julio de 1976: La historia silenciada de los religiosos palotinos. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/729>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

4 de julio de 1976: La historia silenciada de los religiosos palotinos.

Limongelli, María Victoria

Instituto Superior del Profesorado Dr. Joaquín Víctor González

victorialimongelli@yahoo.com.ar

Introducción

El intelectual Rubén Dri afirma: “un matiz es el de la ‘Iglesia de la Cristiandad’ y el otro, el de la ‘Iglesia profética’(…) Ambos hunden sus raíces en la Biblia y se manifiestan desde las primeras épocas de la historia de la Iglesia” (Dri, 1983: 15) La Iglesia no es una entidad aislada del contexto histórico en que se desarrolla: está enclavada en el mundo, nace en él, en su historia, participa en las luchas sociales, ejerce una influencia en los fenómenos económicos, políticos y culturales y es influenciada a su vez por éstos. Ruben Dri distingue dos esquemas o modelos básicos para caracterizar la relación de la iglesia con el mundo: la Iglesia de la Cristiandad y la Iglesia Profética. La primera es la iglesia de las clases dominantes en la cual la relación entre ella y el Estado es una relación de poder a poder. Considera que lo sagrado es superior a lo profano; el ámbito de lo sagrado es el ámbito de lo espiritual ajeno a las vicisitudes históricas y al Estado. En cambio, la Iglesia Profética parte del supuesto que la liberación total del hombre se halla en relación con el mundo. La Iglesia profética es la iglesia popular que considera que el Reino de Dios se realiza en el interior mismo de la historia de los hombres. Estos modelos de Iglesia coexistieron y confrontaron en el desarrollo de la historia. La disputa que realizaron y aún realizan marcaron las diferentes etapas del desarrollo de la Iglesia católica. En esta oportunidad, centraremos la atención en el devenir de la historia de la Iglesia católica mundial y argentina entre las décadas del 60’ y 70’ haciendo especial hincapié en la orden palotina irlandesa argentina y el asesinato de cinco de sus miembros el 4 de julio de 1976.

La orden palotina: origen y fundamentos

El fundador de la Unión y la Sociedad del Apostolado Católico fue San Vicente Pallotti, sacerdote romano nacido el 21 de abril de 1795. La visión de San Vicente Pallotti fue renovadora y sumamente novedosa para sus tiempos. La orden palotina arribó al continente americano y, especialmente, al territorio argentino de la mano del Padre Guillermo Whitmee. Las comunidades argentinas crecieron y se consolidaron con el apoyo espiritual y material de los religiosos palotinos a través de la construcción de capillas, hospitales, establecimientos educativos, etc. El accionar apostólico de los palotinos alcanzó los partidos de Lobos, Navarro, Monte, Saladillo, Marcos Paz, Las Heras, Suipacha, Rivas, Castilla, Chacabuco, Las Saladas, Ameghino y Las Palmas. Este apostolado de fines del siglo XIX fue el apostolado de los inmigrantes en el medio rural. Hacia principios del siglo XX se inició una nueva etapa en lo que respecta al desarrollo del apostolado palotino. Este cambio se tradujo en la adopción de una nueva dirección apostólica que tuvo dos vertientes; por un lado, la tarea educacional dirigida a los sectores menos favorecidos de la comunidad irlandesa del país y, por otro lado, un apostolado parroquial no ya rural sino exclusivamente urbano. Los emblemas más reconocidos de este cambio fueron: el establecimiento educacional, Instituto Fahy en Moreno y la parroquia San Patricio en Buenos Aires.

Sin embargo, el impulso mayor para la orden provino con la santificación de Vicente Pallotti por el Papa Juan XXIII durante el Concilio Vaticano II, el 20 de enero de 1963. Este dato no es nada desdeñable ya que constituye un signo de grandes cambios para los miembros de la orden. La vida sacerdotal y apostólica de Vicente Pallotti había sido un testimonio vivo de Cristo: socorrió a pobres, enfermos y mendigos, otorgó asistencia espiritual a obreros, soldados, promovió la apertura de orfanatos y casas de caridad, dio un impulso especial a las misiones, etc. Sentía que en el mundo faltaba un verdadero sacerdocio, una decisión más concreta y profunda por el apostolado. Consideraba que era necesario un doble apostolado: uno, destinado a la propagación de la fe entre los infieles no católicos y otro, dirigido a reanimar, conservar y aumentar la fe entre los católicos. Los hermanos y consagrados de la orden sintieron el llamado a compartir la teología del apostolado propuesta por su fundador que consistía en proclamar y hacer posible el anuncio de Cristo, el advenimiento del Reino y las exigencias que emanan de la adhesión al evangelio. En este sentido los principios de la

orden entraban en consonancia con las grandes transformaciones que emanaban del Concilio Vaticano II que había iniciado sus períodos de reuniones el primero de octubre de 1962. Hacía unos siglos, Pallotti había llamado la atención sobre la universalidad del apostolado y el Concilio reconoce este principio como un pilar fundamental de la Iglesia proponiendo el concepto “sacerdocio común de los bautizados” para instar a todos los bautizados a tomar conciencia de su apostolado y su compromiso en el anuncio de Cristo.

El Concilio fue un acontecimiento clave de la historia de la Iglesia católica, apostólica y romana. Fue convocado por Juan XXIII pero no podría ser completado por él sino por su sucesor el Papa Pablo VI en 1965. Se pretendió que el concilio fuera una especie de "aggiornamento", es decir, una puesta al día de la Iglesia, renovando en sí misma los elementos que necesitaren de ello y revisando el fondo y la forma de todas sus actividades. En este sentido el Concilio Vaticano II se convocó con el fin principal de promover el desarrollo de la fe católica y lograr una renovación moral de la vida cristiana de los fieles. Sus objetivos se relacionan íntimamente con los principios que San Vicente Pallotti promovió en su vida: despertar, animar y dinamizar en todos los bautizados la vocación apostólica. A diferencia de otros concilios ecuménicos de la historia, el Vaticano II no fijó su preocupación sobre puntos doctrinales. Su propósito no fue salvaguardar la pureza de la fe, ni la declaración de algún nuevo dogma doctrinal. Se propuso redescubrir, ya no de manera dogmática, sino en términos pastorales, la manera con que la Iglesia vive el Evangelio y lo anuncia. Tras un largo trabajo concluyó en 16 documentos, cuyo conjunto constituye una toma de conciencia de la situación actual de la Iglesia y la definición de las orientaciones que se imponía. Proporcionó una apertura dialogante con el mundo moderno, incluso con nuevo lenguaje conciliatorio frente a problemáticas actuales y antiguas. Los aires conciliares significaron una nueva mirada eclesial que transformó definitivamente las estructuras y se expandió por el mundo entero. El despertar llegó a América Latina y abrió las mentes de los miembros de la Iglesia continental. En el transcurso de esta historia centraremos nuestra atención en los cambios que el Concilio despertó en el interior de la orden palotina y las consecuencias trágicas que llevaron a cinco de sus miembros a ser asesinados cruelmente en 1976.

Una nueva orden en la Iglesia renovada

A fines de la década del sesenta, la vocación sacerdotal languidecía en el interior de la orden palotina. En el caso de la rama irlandesa la situación era particularmente grave, por cuanto desde 1957, en que fue ordenado Alfredo Kelly, ningún otro religioso había culminado su vocación. Cada vez que la orden necesitaba la presencia de un nuevo sacerdote se optaba por traerlo de Irlanda. Sin embargo, a principios de la década del setenta el panorama empezaría a cambiar. En ese entonces los padres palotinos irlandeses se propusieron iniciar un proyecto religioso nacional basado en la promoción de vocaciones sacerdotales surgidas en Argentina con el fin de poder atender las necesidades locales. Este objetivo pareció cumplirse en los primeros meses de 1970 cuando un grupo de jóvenes universitarios definieron su vocación religiosa e iniciaron su carrera sacerdotal en la orden palotina. El Concilio había hecho un especial llamado al apostolado de los jóvenes, de esta manera, lo describe el decreto *Apostolicam Actuositatem* cuando los exhorta a la maduración de su personalidad y al compromiso con la realidad de su medio social y cultural. Los jóvenes eran miembros activos de una sociedad que necesitaba de su compromiso y, de esta forma, lo entendieron el siguiente grupo de hombres que optaban por iniciar su camino al sacerdocio en la orden palotina: Gustavo Sapere, Sergio Mario Schaub, Daniel Irigoyen, Ernesto Sánchez, Toccalino, Enrique Guastavino y D' Elias, que provenían de las parroquias de los palotinos alemanes y Jorge Kelly, Roberto Killmeate y Hugo Bonafina que conocían desde pequeños las comunidades de la delegación irlandesa de Mercedes y Areco. Ellos fueron entrevistados, junto con los Padres Alfredo Kelly y Alfredo Leaden, por la periodista Silvia Drei. El reportaje fue publicado el quince de marzo de 1970 en la revista Clarín. Algunos fragmentos de la entrevista merecen especial atención:

C.R: ¿Cómo consideran que debe ser el sacerdote en la era actual?

Daniel Irigoyen (21): Comprometido con las necesidades temporales y espirituales del hombre.

Ernesto Sanchez (23): Compromiso que es testimonio y que apunta a la redención de la humanidad. Es decir, no estar comprometido en lo social por lo social en sí, en

lo económico o en lo político, sino en presencia sacerdotal para dar testimonio de ese sacerdocio.

C.R; ¿Qué significa “dar testimonio”?

Ernesto Sánchez: Ser un nuevo Cristo.

Jorge Kelly (19): Para nosotros, cristianos, es fácil determinar la conducta a seguir tenemos un espejo que no se empaña nunca, Cristo. Si Cristo se comprometió hasta morir, nosotros sus sacerdotes no podemos equivocarnos el camino.

Hugo Bonafina (18): El compromiso sacerdotal con la circunstancia temporal del hombre no debe detenerse nunca en la limitación de las cosas humanas (...) un sacerdote no puede ser un político más, afiliado a un determinado partido o candidato a senador (...)

Enrique Guastavino (19): Este compromiso no es nada nuevo: desde Cristo hasta ahora los cristianos han asumido esta herencia. La época obliga a una mayor apertura geográfica de lugar, del sacerdote. Ya no nos podemos quedar en la parroquia ni en los colegios, ni en nuestras casas esperando que la gente venga a nosotros; al contrario somos nosotros los que estamos obligados a ir en busca de la gente, entrar en su mundo, comprometerlos con sus intereses temporales y conducirlos a Cristo

Sergio Mario Schaub (27): El sacerdote es un puente entre el hombre y Dios. La Iglesia actúa como un llamado (...) que está destinada a establecer un mundo de justicia, amor y paz en el reino de Cristo (...) (Seisdedos, 1996: 50)

Estos jóvenes universitarios eran conscientes de las transformaciones acaecidas por el Concilio Vaticano II. Los padres conciliares promovían un modelo de presbítero cuya obligación sea el anuncio del Evangelio y el acrecentamiento del Pueblo de Dios. En el documento *Presbyterorum Ordinis* se proponía una predicación sacerdotal que debía exponer la Palabra de Dios aplicando a circunstancias concretas de la vida la verdad del Evangelio. El compromiso de los sacerdotes, en cuanto educadores en la fe, se basa en procurar que cada uno de los fieles sea conducido por el Espíritu Santo para descubrir y vivir su vocación según

el Evangelio. El ministerio debía ser ejercido con absoluta delicadeza, humildad y entrega teniendo en cuenta las necesidades del medio geográfico, cultural y social. En este sentido reflexionaban los jóvenes que ingresaban a la orden sobre el papel que la Iglesia debía desarrollar en Latinoamérica. De esta forma, lo transmitían:

C.R: ¿Qué papel está llamada a desempeñar la Iglesia en Latinoamérica en la actualidad?

Gustavo Sapere (17): Mentalizar: es decir que cada individuo tome conciencia cabal del momento que le toca vivir.

Daniel Irigoyen: Esa mentalización o concientización debe implicar una respuesta concreta a la realidad de cada individuo o país (...)

Enrique Sanchez: El papel que en este momento debe desempeñar la Iglesia en América Latina y en todas partes del mundo consiste en la formación de auténticos cristianos: estos modificarán la sociedad caótica en la cual vivimos hasta lograr el desarrollo del hombre nuevo que América y el mundo entero esperan.

Hugo Bonafina: Una gran responsabilidad cabe a la Iglesia en este momento en Latinoamérica: este es un continente de gente joven. Hay estadísticas que dicen: el 70% de sus habitantes es menor de 25 años, y un 40% menor de 16 años. Aquí está el futuro de la Iglesia y aquí se va a dar el hombre “nuevo” del que hablábamos por el fervor de la juventud que ya no existe en Europa dado que su población es en su mayoría gente mayor y por lo tanto poco permeable al cambio. Y esta es otra realidad que debemos asumir: en América Latina se va a producir el cambio que la contingencia histórica reclama. Ese cambio será a favor nuestro o en contra nuestro; lo sabemos. Pero será.

Enrique Guastavino: La Iglesia tiene que comprendernos, tiene que saber que nosotros los jóvenes cristianos latinoamericanos estamos dispuestos a llegar a las últimas consecuencias en nombre de Cristo (así esa última consecuencia sea dar la vida), por lo tanto tiene que hacerse eco de nuestra juventud, de nuestro fervor (...)
(Seisdedos, 1996: 51-53)

Estos jóvenes eran conscientes de la realidad de la Iglesia y del compromiso apostólico. Iniciaban el noviciado guiados por los padres Alfredo Leaden, maestro de novicios, Alfredo Kelly, párroco y Kevin O'Neill como director vocacional. El apostolado llevaba a los novicios palotinos a la realidad del mundo y ellos estaban ávidos de conocer los cambios por los que atravesaba la Iglesia. En esta hermosa tarea, los novicios se vieron sorprendidos por la apertura y participación que tenían dentro de la orden. Tanto en la preparación de horarios como en la diagramación de las tareas los novicios se integraron activamente en la vida comunitaria de la orden. La participación habría de despertar críticas y desconfianza en algunos sectores del clero. No obstante, el trabajo pastoral no se detuvo. Realizaban tareas pastorales en Areco y en pueblos aledaños. Sin embargo, el trabajo misionero no se detuvo en ese espacio geográfico. En 1969, la Congregación Palotina había creado una misión en los Juries, al sur de Santiago del Estero, diócesis de Añatuya, una de las más pobres del país. Esa preocupación palotina por los hombres que no conocen a Dios impulsó y avivó la misión en los Juries.

La centralidad del mensaje evangélico en los pobres que, había sido una especial preocupación de los padres conciliares, era un pilar fundamental del apostolado de los hermanos palotinos. En diversos decretos del Concilio se refleja esta opción preferencial por los pobres (*Lumen gentium*, 8, 38, 41; *Ad gentes*, 5, 12; *Presbiterorum ordinis*, 6; *Gaudium et spes*, 1, 63, 66, 69, 88, 90; *Perfectae caritatis*, 13). La Iglesia debía ser profundamente solidaria con la realidad humana y su historia y, especialmente, dirigir su atención a los más pobres y débiles. El documento *Gaudium et spes* reflexiona fuertemente sobre las desigualdades económicas y sociales que atravesaban la realidad mundial. Promovía un llamado a la defensa de la dignidad del hombre teniendo en cuenta conceptos tales como justicia, igualdad y equidad. El trabajo pastoral desarrollado por los palotinos desde finales de la década del sesenta tenía como fundamento principal esta sensibilidad desarrollada por el Concilio sobre la realidad social del hombre moderno. El llamado de la Iglesia era muy claro: los bautizados debían ser defensores de los derechos del hombre, promotores de la igualdad y la justicia y agentes activos en la tarea apostólica de eliminar las desigualdades económicas y sociales que condenaban al hombre a la opresión y al dominio. No obstante el mensaje era aún más revolucionario: la lucha por un trabajo digno y la ayuda a los pobres era

una responsabilidad y tarea que comprometía a todos los hombres. Este llamado caló hondo en el apostolado de los hermanos palotinos.

Junto con el trabajo pastoral se desarrolló un verdadero proceso de crecimiento espiritual basado en las enseñanzas del Evangelio y destinado a la transformación de la realidad concreta de nuestro país. Frecuentemente visitaron la comunidad otros sacerdotes para exponer diferentes temas que interesaban a los jóvenes: los padres Musto, Laguna y un sacerdote símbolo del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo, Carlos Mugica. En ese entonces Carlos Mugica era un referente clave del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo que ya preocupaba a las más altas esferas de la jerarquía eclesiástica argentina.

En 1973 el noviciado palotino se trasladó a la parroquia de San Patricio en el barrio de Belgrano, ciudad de Buenos Aires. La mudanza provocó cambios dentro del seminario, algunos estudiantes decidieron salir y otros nuevos ingresaron. Alfredo Kelly fue nombrado párroco de San Patricio en reemplazo de Pedro Duffau. Pedro Duffau se dedicó por entero a la dirección del colegio San Vicente Pallotti, el mismo lo había fundado como el fin de cubrir la educación de los hijos de las mujeres que trabajaban como personal doméstico en el barrio de Belgrano. El Padre Alfredo Leaden era el delegado provincial y el director espiritual de los seminaristas. El Padre O'Neill fue el único que permaneció en la parroquia de San Antonio de Areco. La comunidad se completaba con la presencia de Jorge Kelly y Roberto Killmeate que, luego de su paso por el seminario de Brasil, se asentaron en la parroquia de Belgrano en 1973. A fines de 1975 ingresaron a la comunidad palotina dos nuevos seminaristas: Salvador Barbeito y Emilio Barletti. Más tarde, en marzo de 1976 se incorporó como postulante Rodolfo Capalozza junto con Miguel Robledo.

El barrio de Belgrano fue el escenario donde esta comunidad religiosa comenzó a desarrollar su tarea pastoral. El barrio de Belgrano estaba poblado por personajes influyentes de las altas esferas políticas y militares y por una amplia comunidad religiosa de alto poder adquisitivo. Era un medio barrial en el cual se mezclaban el poder, el dinero, el prestigio. Estos hombres y mujeres fueron los receptores de una pastoral conciliar que desconocían y, de la cual comenzaron a dudar y desconfiar. De esta forma lo relata Killmeate:

Circulaba un montón de gente joven. Teníamos una revista que se llamaba Encuentro, que hoy sigue saliendo. En esa época era una revista de barricada. Una que causó un escándalo fue la que tenía la foto de Perón en la tapa. Pero la gente de Belgrano R., que tiene influencia en el poder, no veía con buenos ojos lo que pasaba. Estos grupos juveniles, más la predicación de Kelly, más la gente que venía de otros barrios, las reuniones de análisis de la realidad, de los documentos de Medellín... En dos años se había cambiado la fisonomía de San Patricio. En la casa parroquial había un poster con un retrato del Che Guevara, pegado en el salón donde nos reuníamos con la juventud (...) (Kimel, 1995: 85-86)

El compromiso con la realidad social, económica y política de los hermanos palotinos se reflejaba en su apostolado cotidiano. En esta etapa de transformaciones es necesario mencionar las propuestas de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Medellín, entre el 26 de agosto y el 7 de septiembre de 1968. En Medellín los obispos declararon:

(...) la carencia de una conciencia para dirigir a nuestros hermanos del Tercer Mundo algunas palabras de aliento, la carencia de una conciencia política de nuestros países, hace imprescindible la acción educadora de la Iglesia, con objeto de que los cristianos consideren su participación en la vida política de la nación como un deber de conciencia (Seisdedos, 1996: 28)

Atentos a este mensaje, comprometidos con la realidad social del país y el mensaje evangélico y dispuesto a despertar en los hombres la conciencia política los hermanos palotinos llevaron adelante la revista *Encuentro*. Era un punto de encuentro de diferentes pensamientos, un lugar donde Emilio, Salvador y otros jóvenes encontraron la posibilidad de expresarse, de discernir sin ser censurado. La revista había sido fundada en 1970, en San Antonio de Areco, por Kevin O'Neill y Alfredo Kelly. Entre sus artículos mencionaremos aquel que consideramos representativo del despertar de conciencia que fomentaron los padres palotinos. El artículo es "La conducta del cristiano y la política" realizado por el seminarista Emilio Barletti en el cual realizó el siguiente análisis:

(...) En este hecho está la verdadera liberación de Cristo; la cual no se limita al campo político, pero que también lo abarca trascendiéndolo, pues es una liberación total del mal, del dolor, del pecado y de la opresión. Hay tres grandes vías que ligan a la política con esta liberación integral: la primera es la caridad (...) Si el cristiano está movido a preocuparse por los problemas políticos y a intervenir necesariamente en ellos, lo hace impulsado por caridad de Cristo (...) eso significa que para mi actitud con 'el otro' se centra en la necesidad del otro para poder ser y eso se refiere la justicia, que es la segunda vía (...) Por consiguiente, este querer el bien del prójimo implica el preocuparse si tiene para comer, una habitación digna, si tienen posibilidades de educación, si está marginado de las decisiones, si es instrumento o es explotado por el otro. Es evidente que dentro de la sociedad actual uno no puede preocuparse sinceramente del bien del prójimo sin toparse continuamente con lo político, y que la mayor parte de estos problemas debe ser resuelto en ese ámbito, puesto que el mantenimiento de los hombres en la desnutrición, la ignorancia, la explotación y la dependencia son consecuencias de una determinada estructura política. Concluyendo, el cristiano impulsado por la caridad debe involucrarse en el quehacer político porque sino su caridad no es sincera ni eficaz (...) se encuentra en todo el Evangelio la exigencia política por excelencia en el modo mismo en que los preceptos de la caridad nos han sido enseñados, no en abstracto, sino como una praxis, y esta es la tercera vía: alimentar a los pobres, compartir con ellos los bienes, tomar el contenido de una praxis concreta en la marcha del pueblo a la liberación (Seisdedos, 1996: 83-85)

Los jóvenes seminaristas debatían abiertamente sobre sus ideas políticas y sociales. En estos debates confrontaban y trataban de discernir sobre la situación histórica que los atravesaba. Esta nueva pastoral llamaba la atención y la curiosidad y despertaba el miedo de las altas jerarquías eclesiales y políticas. La situación se tornó más compleja ante el advenimiento del gobierno militar que comenzó luego del golpe de estado del 24 de marzo de 1976.

El camino al trágico final de los cinco religiosos palotinos

Hacia la década del setenta el país atravesaba un proceso político caracterizado por la violencia extrema, el desorden económico, el enfrentamiento social. La falta de credibilidad en las instituciones democráticas, la pérdida de autoridad cada vez más creciente por parte de la presidente, María Estela Martínez de Perón y el rol cada vez más importante de las Fuerzas Armadas dirimieron el asunto en la concreción de un golpe de estado llevado a cabo el 24 de marzo de 1976. De esta forma, la Junta de Comandantes en Jefe, integrada por el general Jorge Rafael Videla, el almirante Emilio Eduardo Massera y el brigadier Orlando Ramón Agosti, se hizo cargo del poder, dictó los instrumentos legales del llamado Proceso de Reorganización Nacional y designó presidente de la Nación al general Videla, quien además continuó al frente del Ejército. El autoritarismo militar pretendía poner en marcha un plan de reforma económica y de disciplinamiento social. El 24 de marzo los militares asumieron el poder en nombre de la ‘Seguridad Nacional’ y desataron una persecución contra la clase obrera, los sectores populares y los militantes de las organizaciones comprometidas con el cambio social. La ideología que sustentó tanto el golpe como el gobierno de las Fuerzas Armadas fue la llamada ‘Doctrina de Seguridad Nacional’. La Doctrina de Seguridad Nacional es, esencialmente, una doctrina militar, una ciencia de la guerra. Los estados requieren para su existencia plena de dos elementos: el poder nacional y la Seguridad Nacional. La Seguridad Nacional actúa mediante el poder nacional, sea éste interior o exterior, y es conducida por el jefe del Estado. El estado es el agente cuyo fin es preservar el orden jurídico-institucional, asegurar el libre ejercicio de la soberanía y el desarrollo socio-económico. La seguridad consiste en proteger a la nación de amenazas de cualquier índole: de la guerra, de la conmoción interna, de las catástrofes naturales, etc. En la década del 70’ se extendió una nueva modalidad de agresión en diversos países: llamada subversión, guerra de guerrillas o guerra irregular. Estaba definido a nivel político-militar el nuevo enemigo dentro del campo capitalista: el comunismo internacional. La territorialidad del nuevo enemigo se consagraba en el espacio político mundial. Esta ‘guerra total’ tenía un enemigo externo, pero también un enemigo nuevo que se encontraba dentro de cada nación, aliado de aquél. Esta concepción del mundo y la guerra se difundió a través de los cursos y periódicas reuniones realizadas en las ‘Escuelas de las Américas’, ubicada en la zona norteamericana del Canal de Panamá, de las que participaban los oficiales y comandantes en

jefes de los ejércitos de todo el continente. De esta manera, los ejércitos latinoamericanos fueron una pieza clave en la lucha contra el enemigo internacional vigilando, reprimiendo y sofocando la actividad de los partidos políticos, las organizaciones sociales y estudiantiles y de aquellos gobiernos que hicieran peligrar el orden económico y político. En este complejo escenario político resulta interesante analizar el papel desarrollado por la Iglesia Católica.

De los más de 80 prelados en funciones que en 1976 poseía la Iglesia católica solo cuatro adoptaron una política de denuncia abierta ante el sistema de terrorismo de estado: Enrique Angelelli, Jaime de Nevares, Miguel Hesayne y Jorge Novaq. Aquellas personas que decidieron la defensa del mensaje evangélico sufrieron la persecución y la desaparición por parte del gobierno militar. La represión contra los religiosos comenzó antes de 1976. A partir del asesinato del sacerdote Carlos Mugica se produjo una oleada de atentados contra las personas e instituciones de la Iglesia. No obstante, desde el 24 de marzo de 1976 la represión se acrecentó. Las Fuerzas Armadas dirigieron sus esfuerzos a la destrucción de los sectores posconciliares de la Iglesia Católica. La formación doctrinal y religiosa de las Fuerzas Armadas planteó un problema especial: sus miembros expresaron a menudo conceptos religiosos que demostraban una profunda incomprensión sobre las nuevas perspectivas pastorales del Concilio Vaticano II y las conclusiones de la Conferencia del Episcopado latinoamericano reunida en Medellín. En muchos casos, no llegaron a comprender la actividad social de la Iglesia y su inserción en el seno de los sectores oprimidos. Este hecho se convirtió en una fuente de desconfianza y de malos entendidos sobre un sector de la Iglesia. La estrategia utilizada para conseguir ese fin está contenida en un documento del Estado Mayor del Ejército 504/77 que lleva la firma del general Roberto E. Viola. Algunos fragmentos de este documento se encuentran presentes en el libro de Mignone de la siguiente forma: "El ejército accionará sobre organizaciones religiosas para prevenir o neutralizar situaciones conflictivas explotables por la subversión, detectar y erradicar sus elementos infiltrados" (Mignone, 1999: 185) Los militares consideraban que los sacerdotes progresistas o posconciliares eran marxistas y comunistas por lo cual el 'oponente' había logrado imbuirse hábilmente en el seno de la Iglesia católica. El enemigo debía ser exterminado de todos los ámbitos de la sociedad y para ello se justificaba la puesta en práctica de cualquier medida que ayude a extirpar de raíz el peligro del comunismo. Esta política de persecución, exterminio y desaparición sobre el sector progresista de la Iglesia tuvo sus cifras fatales entre

las que se contaron a sesenta y dos sacerdotes directamente afectados, es decir, asesinados, desaparecidos, detenidos; sin incluir aquellos que, por precaución, abandonaron el país definitivamente o por un tiempo, cambiaron de diócesis. También existió otro sector eclesial que sufrió duros golpes fueron: los seminaristas. El número de cristianos-católicos comprometidos en actividades apostólicas que fueron víctimas del terrorismo de estado, es difícil de estimar.

En este marco político-social se produjo el asesinato de cinco religiosos palotinos: Alfredo Leaden, Pedro Duffau, Alfredo Kelly, Salvador Barbeito y Emilio Barletti en la madrugada del cuatro de julio de 1976 por un grupo armado no identificado en la parroquia San Patricio. Las características de la escena del crimen presentan algunas evidencias para destacar: la presencia de una inscripción hecha a tiza sobre la puerta de acceso que cita una frase inconclusa 'Por... dinamitados...federales' y más abajo 'Viva la Patria' y sobre la alfombra que cubría el pasillo se observa una inscripción hecha a tiza blanca, sobre el color rojo de la alfombra, que textualmente dice: 'Estos zurdos murieron por ser adoctrinadores de mentes vírgenes y son M.S.T.M'. Se secuestró además de la misma habitación, un cartel que dice: 'Ven este es el palito de abollar ideologías', 'Las venas abiertas de América Latina' e 'Indochina vencerá'. Es necesario explicar algunos acontecimientos para comprender el significado de estas inscripciones. El dos de julio un artefacto explosivo había sido colocado en la Superintendencia de Seguridad Federal de la Policía en ciudad de Buenos Aires provocando más de veinte muertes y decenas de heridos. La organización guerrillera Montoneros se atribuyó el fatal atentado. En este sentido se consideraba que la inscripción en la pared de la escena del crimen fue realizada por un grupo de personas que buscaban tomar represalia sobre aquel atentado del dos de julio. En relación a la segunda inscripción los autores del crimen sostenían que la pastoral de los palotinos era un método de adoctrinamiento de los jóvenes y, por lo tanto, debían ser eliminados. Asimismo considera que los religiosos pertenecían al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, cuya sigla era M.S.T.M. Hasta la actualidad, ese dato nunca pudo ser comprobado o verificado.

El crimen tomaba un cariz eminentemente político. En la actuación policial se detectaron irregularidades entre las que se pueden mencionar: la falta de cuidado y preservación de la escena del crimen, la insistencia por retirar los cadáveres como N.N., la eliminación de las

inscripciones observadas en las paredes. En ese momento era clave el cuidado de la escena del asesinato y las evidencias que del lugar se podían extraer. Durante varias horas las autoridades policiales demoraron la entrega de los cuerpos para que fuesen velados en la parroquia. Reinaba la confusión y comenzaron a circular los rumores sobre la causas del asesinato. La demora en la devolución de los cadáveres respondía al temor que existía sobre el posible surgimiento de un sentimiento de irritación y protesta ante la presencia de los cuerpos de los religiosos.

Luego del asesinato de los cinco, la orden palotina no sería la misma. La noche del 4 de julio los asesinos reconocieron a sus víctimas antes de llevar adelante la masacre: esta evidencia se desprende de la misma escena del crimen en la cual se encontraron los documentos de identidad entre los papeles que habían sido analizados por los asesinos antes de la masacre. En este sentido se infiere que los autores del crimen reconocían sus víctimas y eran perfectamente conscientes de su accionar. En este sentido las víctimas ocupaban lugares claves en la orden: Alfredo Leaden era el delegado provincial, Pedro Duffau era el rector y responsable de los asuntos legales del Instituto San Vicente Palloti, Alfredo Kelly era el párroco de San Patricio y director de los seminaristas, Salvador Barbeito era el responsable de la pastoral de jóvenes a través del Ateneo de San Patricio y Emilio Barletti era el joven seminarista más controvertido por su compromiso político. El asesinato había quebrado internamente a los religiosos y provocado la desarticulación de la orden. Los sobrevivientes tuvieron la dolorosa responsabilidad de comprender las causas del asesinato. Los cuestionamientos sobre el accionar peligroso de los religiosos asesinados se propagaron entre sus sobrevivientes que sufrieron los interrogatorios de sus superiores y la persecución y el hostigamiento por parte de hombres identificados como miembros de las Fuerzas que buscaban reconocer una determinada filiación política de los cinco religiosos asesinados. Estas circunstancias, junto con el olvido y el rechazo, llevaron a los seminaristas sobrevivientes a abandonar la orden, como en el caso de Jorge Kelly, Miguel Robledo y Roberto Killmeate, a trasladarse a la rama alemana de la orden, éste fue el caso de Rodolfo Capalloza. Como se analiza a partir de las historias de vida de los sobrevivientes de la tragedia la persecución sobre la orden palotina no cesó luego del asesinato del 4 de julio. Las diferentes acciones llevadas adelante tenían un único objetivo: silenciar y perseguir a los sobrevivientes. La orden había sido descabezada en la madrugada del 4 de julio y luego fue

desarticulada promoviendo la separación y el alejamiento de los seminaristas sobrevivientes de la tragedia.

Conclusiones

Hasta aquí se desarrolló uno de los hechos más impactantes de la historia argentina reciente. La Iglesia argentina no sufrió a lo largo de su historia un hecho de tal magnitud: cinco religiosos asesinados en su comunidad en un acto caracterizado por altos niveles de violencia y furia. Un hecho de tal magnitud lleva a la reflexión a todos los hombres que no deben permanecer perplejos ante semejante acto de horror. Por las características de su asesinato, por la personalidad de sus protagonistas, por la respuesta de los actores sociales intervinientes, por la no aparición de los culpables, entre otras cosas; este hecho histórico cobra una peculiar relevancia.

Los cinco religiosos palotinos fueron asesinados en una de las habitaciones de la parroquia por un grupo de personas que reconocían claramente a quiénes ejecutaban y por qué lo hacían. La difícil tarea de la reconstrucción del crimen abre muchos interrogantes que no encuentran aún sus respuestas. En este sentido pudimos constatar en este trabajo algunas cuestiones que contribuirán a entender la magnitud de este hecho.

¿Por qué la comunidad palotina fue víctima de este cruel asesinato?

Los cambios que atravesaba la orden religiosa palotina tenían una clara relación con el movimiento de renovación que se impulsaba a nivel internacional en la Iglesia Católica y que tuvieron sus hechos más trascendentales en el Concilio Vaticano II y la Conferencia de Medellín. Estos cambios incluían: una mayor participación de los fieles en las tareas pastorales, un aporte significativo de los jóvenes, una nueva propuesta de formación para los seminaristas y la constante preocupación por los pobres y los necesitados. Estas propuestas se reflejaban en las tareas pastorales que se promovieron desde San Patricio, en las palabras de los sacerdotes y seminaristas que, a través de los sermones o de la revista de la parroquia, aportaban su visión crítica de la realidad y, asimismo, en la forma de vida que esta comunidad llevaba adelante. Los miembros de la orden palotina irlandesa promovieron la defensa de la dignidad del hombre y extendieron la imagen de un católico comprometido con la realidad social y política. Estos cambios acercaban a la orden a la Iglesia Profética,

aquella que plantea que la liberación del hombre se alcanza con el verdadero compromiso apostólico que emana del Evangelio.

¿Quiénes silenciaron las voces de los palotinos? No existen nombres de personas identificadas que hayan sido condenadas por el asesinato. Sin embargo, se puede conjeturar que los responsables del asesinato provenían de las altas esferas militares. De esta forma se puede inferir del Anexo 3 de la ordenanza 504/77 citado en el desarrollo del trabajo en el cual el General Roberto Viola, jefe del estado mayor, reconoce ciertas operaciones que tuvieron como protagonistas a miembros del clero porque éstos estaban enfrentados al gobierno nacional por el accionar del oponente. En la lucha contra la subversión se reconoce algunos hechos fortuitos que afectaron a integrantes del clero que no fueron operaciones acertadas pero si justificadas. Como se infiere, todo está justificado, inclusive la masacre de San Patricio. El accionar pastoral de los palotinos fue interpretado en clave de lucha contra la subversión y la operación dirigida contra la orden implicó el silenciamiento de las voces que perturbaban la seguridad nacional. El asesinato de la comunidad palotina constituyó una medida ejemplificadora para el clero secular y regular.

Los sobrevivientes a la tragedia tuvieron la difícil tarea de padecer el silencio y la inacción de sus superiores y la persecución de las esferas militares que buscaban conseguir aquellos testimonios que permitieran incriminar a las víctimas como “comunistas”. En este sentido la orden religiosa palotina atravesó un proceso de desestructuración interna que profundizó la crisis surgida luego del asesinato. Es importante destacar que con este accionar se propició la condena y el fin de aquel proyecto comenzado a principios de la década del 70’ en San Antonio de Areco. Este proyecto fue sentenciado al olvido y silenciado durante el periodo de la dictadura militar.

En este sentido, rescatar las voces de los cinco significa contribuir a la continuidad de su mensaje y demostrar a aquellos hombres que material e intelectualmente llevaron adelante el asesinato que la muerte, la persecución y el silencio nada pueden hacer ante la verdad, la justicia y la libertad.

Bibliografía

- Dri, Rubén (1983) *La Iglesia de los pobres. Para un reencuentro cristiano en Argentina*. Perú, CELADEC.
- Kimel, Eduardo (1995) *La masacre de San Patricio. 20 años de martirio de la comunidad palotina*. Buenos Aires, Lohle-Lumen.
- La Santa Sede “Documentos del Concilio Vaticano II” (http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/index_sp.htm, fecha de consulta: 5 de marzo 2013)
- Mignone, Emilio (1999) *Iglesia y dictadura*. Buenos Aires, La Página S.A.
- n/a (2012) “Concilio Vaticano II. Años 1962-1965” (<http://es.catholic.net/sacerdotes/222/2454/articulo.php?id=23283>, fecha de consulta: 5 de marzo 2013)
- Seisdedos, Gabriel (1996) *El honor de Dios. Mártires palotinos: la historia silenciada de un crimen impune*. Buenos Aires, San Pablo.